

El inconciente y los afectos

B. Miguel Leivi

“No es fácil ocuparse científicamente de los sentimientos. Uno puede intentar describir sus signos fisiológicos. Cuando ello no es posible –y me temo que también el sentimiento oceánico va a desafiar este tipo de caracterización– no queda más que recaer en el contenido de representaciones más fácilmente asociado al sentimiento”.

Freud. *El malestar en la cultura*, 1929.

LA SERENIDAD

Pedro llega puntualmente a su sesión. Se recuesta sobre el diván y, tras unos instantes pensativo, dice: *“Venía para aquí pensando que estoy más... bueno, no, más no. Venía pensando que estoy sereno. Esa es la palabra: más que tranquilo, sereno”*. La apertura de la sesión, con sus componentes –un intento fallido de cuantificación comparativa de su estado; una precisión terminológica que establece una diferencia cualitativa y parece satisfacerlo– sesgaron rápidamente mi atención, ya no del todo libre, atraída por la promesa de un material clínico centrado en el tema del afecto. Tema, cabe agregar, de interés para mí, aunque no es obvio que también lo fuera para mi paciente.

Mientras tanto, Pedro, tras una breve pausa, continúa: *“Estuve charlando con una compañera que se quedó sola porque tuvo problemas con el muchacho con el que estaba, un tipo que a mí no me gustaba mucho. Y me cuenta que le cuesta levantarse a la mañana. A mí me pasaba al revés; en las épocas en que tuve problemas con mi mujer me costaba dormirme, me pasaba las*

noches despierto. Empecé con eso después de la muerte de mi papá. Me pasaban dos cosas: empecé a sentirme solo, y también empecé con ese problemita”.

El hilo asociativo gira ahora hacia un primo al que Pedro se parece mucho; en rigor, ambos se parecen a la abuela materna, mujer con muchos problemas que en una época estuvo internada, aunque esto no es algo de lo cual se hable mucho en la familia. Siempre estaba en la casa y nunca hablaba con nadie; igualmente, casi sin hablar una palabra, terminó siendo la que nucleaba a toda la familia. Por otra parte, en la cadena de los hombres –su padrino, ex-marido de la tía, su padre, su abuelo– todos tenían también problemas.

Nueva pausa. *“No sé por qué se me ocurre todo esto ahora. Mis dos hijos van a empezar catecismo para tomar la comunión. Ya tendrían que haber empezado antes, pero nos fuimos atrasando”.* Las dos hijas, las mayores, también tomaron en su momento la comunión más tarde. *“En realidad, lo hago más por tradición que por otra cosa, porque yo no soy demasiado religioso, no soy de ir a misa todos los días. Un día hablé de eso con un cura conocido, de por qué razón hacer tomar la comunión a los chicos. Y me dijo: ‘Tenés tres posibilidades: la primera, porque creés mucho, porque estás absolutamente convencido; la segunda, por una cuestión social, para quedar bien con la gente; y la tercera es que lo hacés por tradición, porque si no lo hacés te queda algún bichito que te pica y te inquieta’. Y yo no lo hago por una cuestión formal. Elijo la segunda alternativa; no es por quedar bien, sino por tradición”.*

Le señalo entonces que se está contradiciendo: elige la segunda alternativa y al mismo tiempo la niega. Pedro no se detiene en la incoherencia –“sí, es cierto, debí haber dicho la tercera”– y continúa: *“El tema de la religión es algo que me pregunté muchas veces. Quiero que tengan algún sentimiento religioso, que crean en algo, que valoren algo”.* Evoca sus clases de catecismo, cuando él era chico, lo que le gustaba de ellas y lo que no, y comenta acerca de los curas, también seres humanos al fin y al cabo, con sus propias incoherencias. *“Me parece que todo esto se va juntando con lo del principio: estoy más sereno porque me veo más humano, más comprensivo, no tan esquemático. Lo de la comunión, el catecismo, lo veo como que quiero que mis hijos formen parte de esa comunidad en la que uno participó y parti-*

cipa. Hay cosas que quiero que tengan, más allá de los análisis que cada uno pueda hacerse después. Por lo menos, poner la semillita. Después seguramente se preguntarán lo mismo que yo, sobre Jesucristo, el Santo Sudario, tantas cosas, qué es verdad, qué no lo es. Pero la diferencia es poder hablarlo. Y yo esto lo puedo hablar con mis hijos, explicarles por qué quiero que vayan a catecismo, que tomen la comunión”.

Le digo que, al parecer, “*estar sereno*” tiene bastante que ver con todo lo que está hablando: la familia –abuelos, padres, tíos, hijos, hijas–, las tradiciones, la religión; y que por ese motivo debe haber preferido ese término para describir su estado.

Pedro asiente. “*Es que con todo el kilombo que pasó¹ todos los eslabones se me habían descuajeringado. Serenidad es que esos eslabones de a poco se fueron engancho de nuevo. Eso es lo que me da más serenidad, más seguridad. Hasta ahora era como un rompecabezas en el que se me hubieran mezclado todas las piezas...*”. Hace otra breve pausa y sigue: “*Venía pensando en el tema de Videla. Ahora ocupa el lugar que tiene que ocupar: está preso. Y eso ordena todo lo demás. Es un rompecabezas donde una pieza está donde tiene que estar. Eso también es serenidad*”. Asocia entonces con la cuestión de los desaparecidos y, en particular, con uno de ellos que conoció de cerca, el hermano de un amigo que desapareció en el ’76. Recuerda la última vez que habló con ese muchacho, poco antes de ser secuestrado, y las gestiones de la familia, que llegó a pagar una suma importante para que lo liberaran. “*Igual nunca más apareció. Este es un país de locos. Pero toda esa época fue así, uno sabía y no sabía... Sí, son varias cosas: la religión, la política, la familia. Esos son otros eslabones que siempre tuve también, y también se habían desenganchado. También eso me da serenidad, más allá de las dudas que puedo tener. Porque cosas como la política, la religión, para mí son ahora temas dudosos. Pero ahora me puedo seguir haciendo preguntas sobre esos temas. En los últimos tiempos, más que hacerme preguntas, lo que hacía era cuestionarme a mí mismo. No me podía ni permitir hablar de religión o de política, como si fuese un delincuente*”.

¹ Se refiere a un episodio que ocurrió en su vida un tiempo atrás, que tuvo un intenso efecto traumático y desorganizante y que, entre otras cosas, lo trajo al análisis.

LOS AFECTOS EN EL PSICOANÁLISIS

“Todo está aún oscuro, incluso los problemas; pero hay un sentimiento confortable de que uno sólo tiene que revolver en su propia despensa para encontrar, tarde o temprano, lo que necesita. La cosa más desagradable son los estados de ánimo (die Stimmungen), los que frecuentemente ocultan a uno completamente la realidad (die Wirklichkeit)”.

Freud. *Los orígenes del psicoanálisis*.
Carta 73, 31/X/1897.

“Freud interroga en términos de Wirklichkeit lo que se le presenta como Stimmung... pero no es guiado hacia eso por sus Stimmungen... y esto constituye la originalidad de su punto de partida... En tanto que guías hacia lo real, los sentimientos son engañosos”.

Lacan. *Seminario VII: La ética del psicoanálisis*, 25/XI/1959.

De acuerdo con la mayoría de los autores que trataron la cuestión, el lugar que los afectos ocupan en el psicoanálisis debería ser fundamental, pero está bastante descuidado y relegado. Según Marjorie Brierley (1937), tras el período inicial, en rigor pre-analítico, de la cura catártica y la abreacción de afectos, *“hasta hace muy poco se ha prestado muy poca atención en la teoría a los afectos en tanto tales”*, aunque *“en la práctica nunca han perdido su importancia”*. Esta situación no parece haber variado sustancialmente en los años siguientes: *“el reciente período improductivo en el desarrollo del psicoanálisis se debe a un descuido comparativo del problema del afecto”* (Glover, E., 1939); *“no poseemos una exposición sistemática de la teoría psicoanalítica de los afectos”* (Rapaport, D., 1953); *“todo psicoanalista que se ha aproximado al tema ha comenzado enfatizando el magro e insatisfactorio estado de nuestro conocimiento teórico, a pesar de la importancia de los afectos”* (Brenner, Ch., 1974); *“los psicoanalistas de todo el mundo deploran hasta hoy la ausencia de una satisfactoria teoría psicoanalítica del afecto,*

a pesar de tantos trabajos consagrados al tema” (Green, A., 1975); *“queríamos estar en posesión de una teoría satisfactoria de los afectos, pero la echamos de menos”* (Green, A., 1990).

No deja de resultar llamativo lo invariable de la señalada carencia teórica, así como el aparente poco éxito de los autores –que se ocuparon del tema justamente por considerarlo fundamental– en comenzar a resolverla: la queja se reitera, igual a sí misma, en los autores posteriores. Es asimismo llamativo el desfase –poco habitual en el psicoanálisis– entre ese vacío teórico y la importancia creciente que los afectos parecen haber ido tomando en muchas orientaciones psicoanalíticas, en especial en el ámbito de la clínica: el proceso de análisis no es un proceso intelectual sino afectivo, y la relación transferencial es siempre y en todo sentido una relación afectiva (Brierley, M.) –más aún, *“la esencia de la transferencia es el desplazamiento de afecto”* (Glover, E.)–; los criterios diagnósticos, pronósticos y de curación se centran en una estimación de la afectividad (Brierley, M.), e incluso habría cierta especificidad psicopatológica de los afectos: *“neurosis de carácter, estructuras psicósomáticas, estados límites, entran en el campo de acción del psicoanálisis postfreudiano y colocan al psicoanálisis ante afectos cuya metapsicología ha sido descuidada por Freud... afectos no observables en la clínica de las neurosis clásicas”* (Green, A., 1975). La importancia de los afectos se debería además a que los mismos darían cuenta de los niveles más arcaicos y primarios del funcionamiento psíquico, sea por su relación con la biología (Alexander, F.), con los estadios más tempranos del desarrollo (Brierley, M., Glover, E.) y, en particular, con las experiencias más tempranas de la relación con el objeto materno (Winnicott, D. W.), con la progresiva organización del yo (Brierley, M., Glover, E.), con las funciones y el nivel de desarrollo yoicos (Brenner, Ch.) o con el registro de la realidad interna en tanto distinta de la externa (*“a este clivaje entre afecto y representación va a corresponder el clivaje entre realidad externa y realidad interna”*) (Green, A., 1975). De este modo, los afectos darían acceso a *“los sistemas fundamentales de la vida psíquica, aquéllos que regulan las funciones básicas del aparato”* (Green, A., 1990).

“Ya es tiempo”, escribía ya en 1937 Brierley, *“de que restauremos los afectos a un lugar teórico más consonante con su*

importancia práctica". Dado que, aparentemente, ello no ha ocurrido, que los votos de la autora no se han cumplido sino que, por el contrario, su supuesta importancia práctica no ha dejado de crecer en tanto que el vacío teórico se ha mantenido, es de temer que los psicoanalistas hayan estado demasiado tiempo desarrollando una práctica carente de un adecuado sustento, de una sólida fundamentación de qué es lo que hacen.

Gran parte de la responsabilidad por el relegamiento del afecto en la teoría le cabría al propio Freud, en cuya obra "*no se le puede asignar al afecto una localización particular*" (Green, A., 1975). El otro gran responsable es Lacan, autor de una teoría "*fundada sobre una exclusión, un 'olvido' del afecto*"; en ella "*el afecto no tiene ningún lugar... está explícitamente excluido y prohibida su 'residencia'*" (íbid.)², ya que es "*un psicoanálisis puramente lenguajero o intelectualizante, vaciado del afecto*" (Cahn, R.).

Señala Green (1975) que "*una consideración diferente del problema del afecto orientará una modificación del cuadro teórico en el cual él será situado. El problema del afecto está en relación dialéctica con la teoría, el uno conduce a la otra necesariamente*". Y la inversa también es válida, cabría agregar:

² Aunque Lacan no acepta esta acusación: "*Lo mismo de la historia del afecto que yo descuidaría... ¿Cómo persistir diciendo que descuido el afecto, para pavonearse de hacerlo valer, sin recordar que un año... me ocupé de la angustia? Algunos conocen la constelación en que le di lugar. La emoción, el impedimento, el desconcierto, diferenciados como tales, prueban bastante que no hago poco caso del afecto*" (Lacan, J., 1973). No sólo eso; trató también de establecer precisiones entre afecto, emoción, sentimiento, pasión, términos usados habitualmente en forma indistinta: "*¿Qué es la angustia? Hemos descartado que se trate de una emoción... la angustia es un afecto... No somos psicólogos, somos psicoanalistas... se trata (entonces) del deseo, y el afecto... es la angustia*" (Lacan, J., 1962). La pasión, por su parte — y en particular "*las tres pasiones fundamentales: el amor... el odio... la ignorancia*" (Lacan, J., 1953), en tanto ponen en juego, más allá de lo que demandan, el deseo, "*ya que cada una de ellas evoca una de las figuras de la falta en ser*" (Bataille, L.) —, es diferenciada del sentimiento de la misma manera en que Freud la diferencia en su artículo sobre Leonardo (1910): "*Sus afectos estaban controlados y sujetos a la pulsión de investigación; él no amaba ni odiaba, sino que se preguntaba acerca del origen y significado de lo que tenía que amar u odiar. Así, debía aparecer al principio como indiferente al bien y al mal, la belleza y la fealdad... En realidad, Leonardo no estaba libre de pasiones; no carecía de la chispa divina que es, directa o indirectamente, la fuerza motora detrás de toda actividad humana. Había meramente convertido su pasión en una sed por el conocimiento*".

dependerá del conjunto de la teoría el lugar que los afectos reciban. Un lugar subordinado y secundario del afecto no es, por lo tanto, necesariamente señal de descuido, de olvido o de *“fascinación por las representaciones en detrimento del afecto”* (Green, A., 1990); por el contrario, puede ser producto de una rigurosa asignación de un lugar teórico preciso. Eso es lo que ocurre en Freud.

LOS AFECTOS INCONCIENTES

“La posibilidad de atribuir el carácter de inconciencia a las emociones, sentimientos y afectos estaría completamente excluida... pertenece seguramente a la esencia de una emoción que seamos conscientes de ella; es decir, que devenga conocida a la conciencia... Estrictamente hablando... no hay afectos inconcientes como hay representaciones inconcientes... Si restauramos la verdadera conexión (de un impulso reprimido)... su afecto nunca fue inconciente... sólo su representación sufrió la represión”.

Freud. *Lo inconciente*, 1915b.

Ningún autor que se ocupó del tema de los afectos ha dejado de citar estas definiciones inequívocas de Freud, pertenecientes a la Metapsicología, *“la obra maestra de toda discusión sobre el afecto”* (Green, A., 1975); sin extraer sin embargo todas las consecuencias implicadas en ellas. Por otra parte, no son definiciones aisladas: *“no podemos afirmar la existencia de afectos inconcientes en el mismo sentido que la de representaciones inconcientes... un afecto es un proceso de descarga y debe ser juzgado de manera muy diferente a una representación; lo que le corresponde en lo inconciente no puede ser afirmado sin una reflexión más profunda y una clarificación de nuestras hipótesis sobre los procesos psíquicos”* (Freud, S., 1917b); *“hablamos entonces, de una manera condensada y no enteramente correcta, de ‘sentimientos inconcientes’, conservando una analogía con las representaciones inconcientes que no es completamente justificable”* (Freud, S., 1923).

Lejos de descuidar teóricamente los afectos, Freud les asigna un lugar preciso y definido, aunque subsidiario y caracterizado negativamente, con el que muchos autores no concuerdan: no hay afectos inconcientes. Si el psicoanálisis se postula como ciencia de lo inconciente, dicha afirmación, reiterada en Freud, no puede resultar indiferente para ningún psicoanalista. De hecho, plantea un problema para la creciente valorización de los afectos en la clínica analítica. Este es el origen del sostenido vacío teórico destacado repetidamente por los autores citados anteriormente. Como lo señala Schur, *“al menos algunas de las dificultades de la teoría psicoanalítica de los afectos residen en nuestra insistencia de que los afectos deben ser concientes”*.

Los esfuerzos de muchos autores, preocupados por la subvaloración teórica de los afectos, han encarado este problema. Pulver, por ejemplo, se propone mostrar que los afectos, como cualquier otro contenido mental, pueden ser inconcientes. Lo hace apelando a distintos argumentos: descarta que se trate de una controversia actual (1971), ya que *“la mayoría de los analistas postula explícitamente hoy en día que los afectos pueden ser inconcientes”*; trata la propia cuestión como un problema afectivo, al preguntarse *“por qué Freud sentía que los afectos debían ser concientes”*, y ofrece *“evidencias clínicas”* de que los afectos tanto pueden ser concientes como preconcientes e inconcientes. Lo cual no deja de constituir una interesante petición de principio, que da por asumida la cuestión teórica que justamente se trata de dilucidar.

Por otra parte, el modo en que Freud considera la relación del inconciente con los afectos produce resonancias con otra afirmación suya, igualmente problemática, igualmente polémica, igualmente negativa: no hay representación inconciente de la vagina. Diferentes en cuanto a su objeto inmediato, ambas afirmaciones se refieren sin embargo a lo mismo: el inconciente. Ya que lo que está en juego en esto no es sólo el estatuto teórico de los afectos, sino, en medida aún mayor, el concepto de inconciente. En otros términos: ¿cómo pensar la organización de un inconciente en el cual, entre otras cosas, no hay afectos ni tampoco hay –ni siquiera en sus portadoras, las mujeres– representación de la vagina? Creo que hacerse cargo de estas caracterizaciones negativas referidas a lo inconciente obliga a asumir una otra conclusión, también expresable por la negativa: el inconciente, para Freud, no está

estructurado como el cuerpo³. Ya que si fuese una “*expresión psíquica emanada de la organización somática*” (Cahn, R.), ¿por qué razón carecería de la representación de un órgano del cuerpo? ¿Por qué razón no contendría afectos, si es que éstos son “*la reflexión en la conciencia de la dinámica biológica fundamental*” (Alexander, F.), si “*los nexos del afecto con el cuerpo hacen que aquél se vuelque más hacia el lado biológico*” (Green, A., 1990)? La conocida y discutida formulación de Lacan: “*el inconciente está estructurado como un lenguaje*” no hace más que inscribirse en la continuación de la conceptualización freudiana de un inconciente disimétrico respecto del cuerpo biológico y desprovisto de afectos, intentando dar una formulación coherente de su estructura posible⁴. Como es sabido, la postura lacaniana dista de encontrar aceptación unánime⁵.

Green, uno de los autores que más se han ocupado del tema, ha afrontado esta cuestión: cuál es el concepto de inconciente en juego si se postula –como él lo hace– el estatuto inconciente de los afectos. Adoptando una postura opuesta a la de Lacan –“*el inconciente no está unificado a partir de un elemento común*”

³ Algo ya sabido por Freud desde fecha tan temprana como 1888: “*La histeria ignora la distribución de los nervios... toma los órganos en el sentido ordinario, popular, de los nombres que llevan... se muestra ignorante e independiente de toda noción de la anatomía del sistema nervioso*”.

⁴ “*El inconciente... es cosa bastante precisa. Sólo hay inconciente en el ser parlante. En los animales... hay instinto, es decir, el saber que implica su supervivencia*” (Lacan, J., 1973).

⁵ R. Cahn, por ejemplo, sostiene que “*no es el lenguaje lo que es condición de lo inconciente; es el inconciente lo que es la condición del lenguaje; es la organización de la tópica psíquica la que precede y explica la aparición del lenguaje*”. ¿Y cómo está organizada esa tópica psíquica? Pues sobre la base de “*la representación de cosa en tanto que investidura de las huellas mnémicas, donde las representaciones son menos significativas en tanto que tales, vale decir, por su ligazón con las sensaciones, con las emociones, con las relaciones establecidas de este modo con los objetos del entorno así progresivamente investidos, que por la red donde ellas son codificadas y se encadenan como si fueran un lenguaje*”. Vale decir: el inconciente que precede y explica la aparición del lenguaje está a su vez organizado... como un lenguaje. Green (1978), por su parte, sostiene que “*el discurso del inconciente, que no es lenguaje, es una polifonía, su escritura una poligrafía escalonada sobre numerosos pentagramas*”, sin tomar en cuenta la obligada referencia lingüística de estas metáforas. En el mismo sentido cita además a Freud (1990): “*Como dice Freud: 'lo inconciente habla más de un dialecto'*”, perdiendo de vista no sólo lo que implica decir que el inconciente habla, sino que, además, un dialecto es al fin y al cabo una variedad de discurso, y que, por otra parte, Freud dice eso en un artículo titulado “*El interés filológico del psicoanálisis*” (Freud, S., 1913) (destacado mio).

como el lenguaje... la teoría del inconciente de lenguaje olvida el cuerpo” (1978)– considera que “*el inconciente es heterogéneo en su composición, porque comprende representaciones de palabra, representaciones de cosa, afectos... el acto y los estados del propio cuerpo... La heterogeneidad está en el corazón del núcleo del inconciente*” (ibid.); “*ese núcleo se relaciona con el cuerpo, la acción y el lenguaje*” (1990). Por ese motivo, “*muchas dificultades teóricas se habrían eliminado si Freud hubiera admitido que existían varios modos de estar en lo inconciente tanto para las representaciones como para los afectos*” (ibid.).

¿Por qué no lo admitió? “*¿Por qué, entonces, nunca revirtió explícitamente su opinión acerca de la naturaleza conciente de los afectos?*” (Pulver, S.). Según Green, por razones no estrictamente teóricas, sino de otra índole: en su defensa de la legitimidad de lo inconciente contra las objeciones de los psicólogos y los filósofos, no debía llegar tan lejos, hasta el absurdo de afirmar la existencia de afectos inconcientes, punto éste sobre el cual fue necesario que cediera (Green, A., 1975); aunque en el fondo supuestamente pensara otra cosa. Teniendo en cuenta que “*en esta etapa de su obra estaba dominado por preocupaciones acerca de la demostrabilidad, pudo parecerle que, si se centraba en el problema del afecto y su cualidad subjetiva, corría el riesgo de que le reprocharan un subjetivismo inconciliable con la demostración de la prueba*” (Green, A., 1990). Además, dado que el psicoanálisis se originó en la hipnosis y en la catarsis, “*en las cuales declaradamente se concedía preeminencia al afecto... el afán de Freud por resguardar la originalidad del psicoanálisis de toda contaminación con las raíces de las que había partido es sin duda responsable de esta subordinación del afecto a la representación... puso cuidado en no comprometerse con el afecto por la senda que acababa de abandonar*” (ibid.).

Es interesante entonces dirigirse al “Proyecto...”, texto prepsicoanalítico contemporáneo de esas raíces de las que partió el psicoanálisis, anterior aún al abandono de esas sendas originarias, y que, además, está excluido de las necesidades de demostración y de defensa de la nueva disciplina contra sus objetores, ya que ni siquiera fue publicado en vida de Freud. Respondiendo estrictamente a las necesidades teóricas de la construcción del aparato psíquico, se encuentran allí las bases de la postura freudiana referida al inconciente y los afectos.

LAS CUALIDADES SUBJETIVAS

“El displacer debería ser considerado como coincidiendo con una elevación del nivel de $Q' \eta$ o una presión cuantitativa creciente: sería la sensación ω cuando hay un aumento de $Q' \eta$ en ψ .”

Freud. *Proyecto de una psicología científica*, 1895.

Como es sabido, en el “Proyecto...” (1895) Freud se propone “representar los procesos psíquicos como estados cuantitativamente determinados de partículas materiales especificables”. Opera para ello con dos teoremas principales: el de la neurona –partícula material– y el de la cantidad que circula entre ellas. Tras ocuparse del problema del dolor, vinculado con la irrupción de magnitudes excesivas de cantidad externa en el aparato, aborda dos problemas nuevos, íntimamente relacionados entre sí, cuya introducción no se le había hecho necesaria hasta ese momento: el de la cualidad (capítulo 7 de la primera parte) y el de la conciencia (capítulo 8). Tiene que explicar “aquello de lo que tomamos conocimiento, de la manera más enigmática, a través de nuestra conciencia”, la cual no sabe nada de neuronas ni de cantidades; éstas “deben ser consideradas en principio como enteramente inconcientes, y deben ser inferidas como otras cosas naturales”. La conciencia, en cambio, “nos brinda lo que llamamos cualidades, sensaciones que son diferentes entre sí en una gran multiplicidad de modos... pero de hecho no hay en (esas diferencias) cantidades... nuestra conciencia sólo nos provee de cualidades⁶”.

¿Cómo y dónde se originan las cualidades, objetos de la conciencia? “No en el mundo externo... allí afuera sólo hay masas en movimiento y nada más”⁷. Pero tampoco “aquí dentro”

⁶ De allí el carácter ilusorio, imaginario, de los intentos de cuantificación de los afectos; como, por ejemplo, el fallido “estoy más tranquilo que...” de mi paciente Pedro al comienzo de su sesión. ¿Cuál es el patrón de medida? ¿Cómo se mide eso?

⁷ Postura que se remonta a Demócrito, quien subrayaba “la incertidumbre de las impresiones sensibles, afirmando que su origen se halla en algo más fundamental que la sensación”. Distinguía así entre lo que es real –la forma, disposición y situación de los átomos en el vacío– y lo que es convencional –los colores, sabores, sonidos, etc. “Esta tesis influyó sobre muchas de las tesis mecanicistas de la Naturaleza”, como las de Gassendi, Galileo, Hobbes y otros, para las cuales hay por un lado una materia sin cualidades, o bien una materia con

—si es que lo inconciente puede ser considerado una interioridad—; ya fue explicitado que los procesos inconcientes están desprovistos de cualidad, y en ello reside su inconciencia. Las cualidades sensoriales y afectivas se originan y pertenecen al sistema w de neuronas, vinculado a la percepción y a la conciencia, y obedecen a los principios de funcionamiento de este sistema. El sistema ω de neuronas, podría decirse, es la verdadera sede de las sensaciones y los afectos.

Procesos inconcientes cuantitativos, desprovistos de cualidad y por eso inconcientes, imposibles de ser percibidos y registrados, por una parte; y un sistema de registro inmediato de cualidades —ésta es su función en el aparato—, donde las diferencias cuantitativas no cuentan, sino sólo cualidades subjetivas y sensaciones de la serie placer-displacer, por la otra⁸. En esta división del aparato en sistemas neuronales diferentes, ψ y ω , con modos excluyentes de funcionamiento, el lugar de los afectos es claro y preciso, y no responde a una elección personal de Freud sino, ante todo, a la necesidad teórica de la lógica del funcionamiento del aparato.

A pesar de las modificaciones introducidas ulteriormente, ese lugar, lógicamente necesario, no ha de variar, y subyace a todas las formulaciones de Freud referidas a los afectos; si éstas no

propiedades puramente mecánicas, que es objetiva, y por otro lado ciertas cualidades, del lado de las percepciones subjetivas (Ferrater Mora, J.).

⁸ La diferencia y la relación entre cantidad y cualidad, básica para Freud en sus desarrollos, se inscribe por otra parte en todo el desarrollo de la ciencia y la filosofía desde la Edad Media: “el conocido principio de que el cambio de cantidad produce un cambio de cualidad”. Si para la escolástica, y aún para Descartes, la cantidad era una propiedad de la sustancia, en la filosofía moderna la cantidad pasa a ser expresión matemática de las relaciones, ocupando el vacío dejado por la noción de sustancia, al desvanecerse la noción de medida ontológica. De ahí que “una cuantificación de la realidad surge como una imposición inevitable... esta categoría (la cantidad) no es, empero, ya una categoría de lo real, sino una forma de la mente”. Las cualidades, en esta perspectiva, pertenecen a las percepciones subjetivas. Como escribe Malebranche, “cuando los filósofos dicen que el fuego es caliente, la hierba verde y el azúcar dulce, etc., entienden, como los niños y el común de los hombres, que el fuego contiene lo que experimentan cuando se calientan, que la hierba tiene sobre ella los colores que en ella creen ver, que el azúcar contiene la dulzura que experimentan al comerlo, y así con todas las cosas que vemos o que sentimos... Hablan de las cualidades sensibles como si fueran sensaciones... Pero desde Descartes sabemos que los términos sensibles mediante los cuales se describen usualmente las cualidades del fuego, de la hierba, etc., son equívocos” (Ferrater Mora, J.).

abundan, ello se debe justamente a que su interés central siempre se dirigió a lo inconciente, allí donde ellos no están. No es otro el motivo de que, entre las vicisitudes posibles del afecto en la represión –aparecer sin modificación, o transformado en angustia, o ser completamente suprimido (Freud, S., 1915a)– no esté incluida la posibilidad de su persistencia en lo inconciente. Aun el afecto psicoanalítico por antonomasia, la angustia, con su relación particular con lo inconciente y lo reprimido –sea en su carácter de moneda de cambio que reemplaza a cualquier afecto tras la represión (Freud, S., 1917b) o de señal anticipatoria de un peligro para el yo (Freud, S., 1926)–, en cualquier caso, la angustia “*es, en primer lugar, algo que se siente. Lo llamamos un estado afectivo, aunque también ignoremos qué es un afecto*”. Consecuentemente, “*el yo es la verdadera sede de la angustia... La angustia es un estado afectivo y, en tanto tal, sólo puede, por supuesto, ser sentida por el yo. El ello no puede tener angustias como puede el yo... (aunque) muy frecuentemente ocurre que procesos que tienen lugar o comienzan a tener lugar en el ello ocasionan que el yo produzca angustia*” (íbid.).

¿Cuáles son esos procesos inconcientes que ocasionan afectos a nivel de la conciencia? La relación entre los afectos y el inconciente, relación de exclusión, debe respetar la complejidad de la constitución del aparato. Al afecto conciente, cualidad subjetiva, correspondería en lo inconciente un “*monto de afecto*” (Affektbetrag), cantidad hipotética, hipotéticamente objetivable⁹. Ambos conceptos –afecto y monto de afecto– no deben ser confundidos¹⁰; guardan entre sí una relación problemática, pero cada uno responde a las leyes del sistema al que pertenece. Si bien Freud renunció finalmente en 1925 a esta relación entre cantidad inconciente y afecto conciente, tal relación fue siempre hipotética y problemática, como ocurre siempre que lo inconciente está en cuestión. Ya en el “Proyecto...”, no sólo es postulada la “*cantidad*” inconciente como correspondiendo al afecto, sino

⁹ Tal como a las variaciones cuantitativas del pH de una solución corresponden variaciones cualitativas en el color del papel de tornasol usado para hacer sensibles esas variaciones, aunque no haya en la solución misma variación alguna de color, ya que la gama de colores depende de la estructura del papel de tornasol.

¹⁰ Como, por ejemplo, sosteniendo que “*el afecto, en efecto, es esa parte energética de la pulsión dotada de una cantidad y una cualidad*” (Cahn, R.).

también otro factor posible, el “*período*”. Luego, en “Más allá del principio del placer” (1920), ya no se trataría de la magnitud absoluta de “*cantidad*”, sino de su variación en un período dado de tiempo, o bien de la diferencia entre procesos ligados y no ligados. La relación se torna aún más incierta en “El yo y el ello” (1923), donde al afecto conciente corresponde un “*algo*” indefinido en lo inconciente. Y, finalmente, en “El problema económico del masoquismo” (1925b), las posibilidades son: “*el ritmo, la secuencia temporal de cambios, elevaciones y caídas en la cantidad de estímulo. No lo sabemos*”. Aun así, conviene no perder de vista dos cuestiones: en primer lugar, que aun sin que Freud pueda decir qué les corresponde en lo inconciente, aun si “*el viejo sueño de una reducción total de la calidad a la cantidad debe ser abandonado*” (Green, A., 1975), en ningún caso considera que los afectos sean ellos mismos inconcientes; por otra parte, todas las alternativas que brinda en lugar de la “*cantidad*” son, a su vez, variables cuantitativas. Los fundamentos de la división funcional del aparato se mantienen.

Sólo si se entiende que Freud intentaba, a través de la “*división inicial entre representación y afecto... distinguir entre dos subsistemas dentro de lo inconciente, diferentes tanto por su naturaleza como por sus destinos*” (Green, A., 1990), un “*inconciente del pensamiento*” y un “*inconciente del cuerpo*” (Green, A., 1975), puede pensarse que Freud “*no quiere decir que no hay afectos inconcientes, sino que el inconciente no se da de la misma manera para el afecto que para la representación*”, y que la diferencia entre represión de las representaciones y supresión de los afectos es sólo una diferencia de grado, ya que la supresión sería “*el destino particular del afecto en el inconciente*” (ibid.)¹¹. Parece, en cambio, más coherente con la postura freudiana –sólo hay representaciones reprimidas, no así afectos– la lectura que hacen Laplanche y Pontalis (1968): supresión (Unterdrückung) es “*una operación psíquica que tiende a hacer desaparecer de la conciencia un contenido displacentero o inoportuno: idea, afec-*

¹¹ Desde esta perspectiva, se entiende que Green plantee que la representación pulsional en lo inconciente, la *Tribsrepräsentanz*, “*se podría dividir en Vorstellungsrepräsentanz y afecto, que en rigor debió recibir la denominación de Affektrepräsentanz*” (ibid). La cuestión es, justamente, que no recibió por parte de Freud esa denominación, ni tampoco la de “*afecto*” (Affekt), sino la de “*monto de afecto*” (Affektbetrag).

to, etc. En este sentido, la represión (*Verdrängung*) sería un modo particular de supresión”. Supresión de los afectos implicaría entonces sólo su eliminación de la conciencia, sin persistencia en lo inconciente; la represión, en cambio, aplicada a las representaciones, “pone más énfasis en el hecho de la ligazón con lo inconciente” (Freud, S., 1900), allí donde los afectos no están, pero sí las representaciones. Estas últimas, además de ser suprimidas de la conciencia, persisten en lo inconciente.

En cuanto a Lacan, baste citarlo con sus propias palabras (1962): “Llegado el caso, traté de decir lo que el afecto no es: no es el ser dado en su inmediatez, ni tampoco el sujeto bajo una forma en cierto modo bruta. No es, para decirlo, en ningún caso protopático. Mis ocasionales observaciones sobre el afecto no quieren decir otra cosa... Por el contrario, lo que dije del afecto es que no está reprimido; y esto lo dice también Freud. El afecto está desamarrado, va a la deriva. Se lo encuentra desplazado, loco, invertido, metabolizado, pero no reprimido. Lo que está reprimido son los significantes que lo amarran”¹². Si para Freud son las representaciones las que están reprimidas, para Lacan lo están los significantes; pero en ambos casos el afecto queda del lado de los efectos conscientes. Representaciones desprovistas de afecto en un caso; significantes desprovistos de significado, en el otro: eso es lo que cabe hallar en lo inconciente; el afecto, del lado del significado¹³, se produce en el interjuego representacional o signifiante. Después de todo, el afecto sexual que la segunda escena del *proton pseudos histérico* (Freud, S., 1895) aporta a la primera no es otra cosa que un significado, el significado sexual ausente para el sujeto en esa primera escena, la cual, sin embargo, quedó registrada en lo inconciente, como pura representación, o como puro signifiante; sin ninguna producción de afecto, o sin ningún significado.

¹² “Es singular que sobre esta cuestión concreta, verdaderamente, Lacan repite a Freud. Y esto sorprende tanto y más cuanto que no simplemente una porción sino casi toda la literatura analítica... desmiente a Freud, a su pesar, en lo que se refiere al afecto” (Miller, J.-A.).

¹³ “El afecto es comprensible y, por cualquier punta que se lo tome, no se puede borrar su carácter de efecto de significado” (Miller, J.-A.).

SI LOS AFECTOS FUESEN INCONCIENTES...

“El afecto puede dejarse decir por el lenguaje, pero su esencia está fuera de él. Lo que lo caracteriza es precisamente esta vía directa, que relaciona el inconciente con el conciente”.

Green. *La concepción psicoanalítica del afecto*, 1975.

Si los afectos fuesen inconcientes, es indudable que la labor analítica cambiaría de manera radical, y aparentemente se vería muy facilitada. Es por este motivo que tantos autores han dedicado a esta cuestión sus mejores esfuerzos.

Si tal fuese el caso, los afectos, aun siendo inconcientes –o pudiendo serlo–, no por ello perderían su característica –esencial– de ser objetos inmediatos de la conciencia (Freud, S., 1915b), que no requieren de la mediatización de las palabras para devenir concientes¹⁴. Por otra parte, es de destacar además que el afecto se transmite de manera también directa e inmediata de sujeto a sujeto: *“Rycroft ya había señalado que una de las peculiaridades de los afectos era ser percibidos por otros, y que inducían en otras personas reacciones idénticas u opuestas”* (Green, A., 1990); *“afectos cuya función, por añadidura, cabe recordarlo, es esencialmente inductora en el otro de afectos idénticos u opuestos”* (Cahn, R.)¹⁵. Esta combinación –vía directa de inconciente a conciencia; transmisión directa de sujeto a sujeto–, lógicamente transitable en ambas direcciones dada su inmediatez, brindaría instrumentos invalorable para el trabajo clínico.

¹⁴ Según Freud (1923), porque no lo necesitan, ya que lo hacen de manera directa (*“después de todo, un afecto no se discute, está o no, es como los gustos, eso no se discute. Un afecto tiene una evidencia inmediata”* (Soler, C.)); según Green (1990), porque hay una *“imposibilidad de los afectos de entrar en conjunción directa con las huellas mnémicas de palabra”*.

¹⁵ Algo también destacado por Freud (1921a): *“la percepción de los signos de un estado afectivo está calculada para despertar automáticamente el mismo afecto en la persona que lo percibe”*, algo que W. Mc Dougall llamó *“principio de la inducción de la emoción por vía de la respuesta empática primitiva... o sea”*, agrega Freud, *“por medio del contagio mental... Sin dudas existe algo en nosotros que, cuando somos concientes de signos de una emoción en otra persona, tiende a hacernos caer en la misma emoción”*. Lacan, por su parte, señala (1953): *“los sentimientos siempre son recíprocos”*.

La utilización de la contratransferencia como instrumento clínico reposa sobre estas suposiciones: la contratransferencia del analista –entendida como *“todos los sentimientos que el analista experimenta hacia su paciente”*– es *“un instrumento de investigación del inconciente del paciente”* (Heimann, P.), el cual a su vez transfiere sus afectos sobre el analista. Así, apelando a *“una sensibilidad emocional libremente despierta para seguir los movimientos emocionales y fantasías inconcientes del paciente”*, esta vía directa permite que *“el inconciente del analista comprenda al de su paciente”*; ésta es *“la vía más dinámica en la cual la voz de su paciente llega a él”* (ibid.).

La exploración afectiva del inconciente por el inconciente, que no requiere de ningún tipo de mediatización ya que *“el lenguaje afectivo es más antiguo que el habla”* (Brierley, M.), constituiría así una nueva vía regia que reemplazaría muy ventajosamente a la antigua, la del laborioso e incierto desciframiento de los sueños y las formaciones de lo inconciente, brindando por añadidura acceso inmediato y directo a los niveles más primitivos, arcaicos y fundantes del ser, ligados –de distintas maneras según los distintos autores– al afecto¹⁶. La experiencia afectiva analítica, entrando en contacto con *“esta ‘verdad’ arcaica”* (Cahn, R.), serviría así de verdadera guía hacia lo real¹⁷.

Así parece entenderlo Cahn: *“En esas zonas más acá de lo simbolizable, de lo representable, ¿qué acceso al psiquismo del otro tenemos, si no es a través de ese único medio de expresión posible, ese único vínculo posible, que es el de los afectos, allí donde los límites están perdidos, donde el afecto se revela como la única huella, la única expresión, de un irrepresentable-impen-sable a la espera de ser psiquizado?”*. Los afectos son allí *“representantes del inconciente en estado puro”*; las formaciones significantes de lo inconciente, cabe pensar, son en cambio su manifestación impura o degradada¹⁸.

¹⁶ *“La realidad psíquica, las raíces de la representación... están fundamentalmente ligadas al afecto”* (Cahn, R.).

¹⁷ *“¿Por qué se da ese privilegio al afecto, sino porque se imagina que gracias a él habría un acceso directo y auténtico a la verdad?... Se cree que el afecto da testimonio de una relación inmediata con lo verdadero”* (Miller, J.-A.).

¹⁸ *“Se considera que lo que se adquiere intelectualmente, lingüísticamente, se adquiere por el contrario mediatamente, y es por lo tanto dudoso”* (Miller, J.-A.).

Los instrumentos del analista deben, consecuentemente, ser reformulados en lo que respecta al trabajo en el terreno afectivo. *“Debemos interpretar los afectos inteligentemente, pero sólo podemos hacerlo en la medida en que hacemos contacto directo con ellos a través de la ‘empatía’. Es sólo por empatía que podemos estar seguros de lo que el paciente está sintiendo. A mi entender, la empatía, verdadera telepatía, es indispensable para un análisis profundo”* (Brierley, M.). La utilización de los afectos contratransferenciales supone, para el analista, *“investigar los propios afectos como ecos empáticos de los del analizando, viviéndolos en una suerte de identificación con el self del analizando”* (Green, A., 1990).

Empatía, telepatía, identificación y –habría que agregar– introspección, son todos recursos ausentes en la concepción freudiana del dispositivo analítico. Alguno de ellos, como la telepatía, es explícitamente rechazado (Freud, S., 1921b, 1922, 1925, 1932); otro, como la identificación con el analizante, es contraindicado (Freud, S., 1912). Respecto de la introspección –*“mirada interior’ por medio de la cual se supone que el sujeto puede inspeccionar sus propios actos psíquicos”* (Ferrater Mora, J.)–, único método que permite el acceso a la realidad psíquica según la psicología introspectiva, llevó a la psicología tradicional, pre-analítica, a un callejón sin salida; el método analítico freudiano –no introspectivo– representó en este sentido una fundamental alternativa.

En cuanto a la empatía, *“participación afectiva y, por lo común, emotiva, de un sujeto humano en una realidad ajena al sujeto”*, los autores que la admiten la postulan como *“el fundamento de la posibilidad de comunicación entre los hombres... Así, un sujeto puede apropiarse y comprender las emociones de otro, a la vez que comunicar sus propias emociones a otro”* (íbid.). El concepto fue introducido por Theodor Lipps, autor contemporáneo de Freud bien conocido por él, ya que lo cita ampliamente en “El chiste y su relación con lo inconciente” (1905), aunque no precisamente en relación con esto. Freud habla de empatía fundamentalmente en dos lugares de su obra: en la última parte de “El chiste...”, en relación con el problema de lo cómico –que él diferencia claramente del mecanismo del chiste como formación de lo inconciente¹⁹, para ubicarlo en el plano dual, identificatorio, yoico, de la relación con el otro–; y en

“Psicología de las masas y análisis del yo” (1921a), en el mismo sentido: para referirse al lazo mutuo que une entre sí a los miembros de un grupo.

En este aspecto, el gran texto freudiano sobre los afectos y su transmisión parece ser, precisamente, “Psicología de las masas”, artículo centrado en el análisis de las relaciones identificatorias entre los miembros del grupo, la relación común establecida con el ideal del yo y la estructura identificatoria del yo. Los afectos y sus mecanismos de circulación entre los miembros del grupo son en esta obra omnipresentes: sugestibilidad, contagio mental, enamoramiento, hipnosis, exaltación o intensificación de las emociones, ambivalencia, empatía, identificación (“*la más temprana manifestación de un vínculo afectivo con otra persona*”), etc. No es la psicología grupal, sin embargo, el modelo que toma Freud para dar cuenta de la relación analítica; considera en cambio que “*la relación hipnótica es una formación grupal con dos miembros*”.

Como se ha señalado muy frecuentemente, la relación analítica moviliza intensos afectos: “*Fenomenológicamente, en un psicoanálisis el afecto es omnipresente... un psicoanálisis no comienza sin afecto... sin la demanda de alguien que sufre*” (Soler, C.)²⁰. No faltan en absoluto en una relación analítica fenómenos afectivos inherentes a toda estructura grupal humana. Pero si, sobre la base de esta evidencia y de la suposición de que los afectos brindan acceso inmediato a lo verdadero en juego en el análisis, se reorienta la dirección del trabajo clínico hacia una cada vez más refinada semiología de los afectos, que suplemente o, más aún, que reemplace el trabajo de descifrado de los emergentes de lo inconciente, se corre el riesgo de que, lejos de obtener un acceso directo a lo inconciente, el analista quede atrapado en la dinámica identificatoria, especular, entre su propio yo y el de su paciente, allí donde los afectos circulan amplia e intensamente. El develamiento de los determinantes inconcientes quedaría en tal situación resistencialmente bloqueado. Tal como lo planteaba Margaret Little, entre paciente y analista se

¹⁹ “*El chiste, podría decirse, es la contribución hecha a lo cómico desde el reino de lo inconciente*” (Freud, S., 1905).

²⁰ *La cura es una demanda que parte de la voz del sufriente, de alguien que sufre de su cuerpo o de su pensamiento* (Lacan, J., 1973).

produce de forma inevitable un juego infinito de reflexiones especulares, “*repetitivas en su tipo y sujetas a continuas modificaciones*”, en la cual, así como el analista presenta al paciente un espejo, “*el paciente le presenta uno al analista también, y hay toda una serie de reflexiones en cada uno de ellos*”. Si se centra el trabajo clínico en estos circuitos, ¿cómo se sale de ese encierro?

La relación de los afectos con el inconciente, lejos de ser inmediata, es problemática; y su presencia no es necesariamente reveladora de aquél sino, frecuentemente, encubridora; tanto más si se prioriza la identificación en el trabajo con los afectos. La sesión de Pedro, mi paciente del ya lejano comienzo de este trabajo, está centrada sobre el registro de un estado anímico ubicable dentro de la gama del bienestar, y nombrado por él como “*serenidad*”. Ese afecto, como se aprecia en el conjunto de la sesión, no tiene nada de elemental, en el sentido que sea –relación con el cuerpo, experiencias tempranas, etc.–, y requiere poner en juego toda la historia de Pedro para dar cuenta del mismo; sin ese conjunto de asociaciones, ¿qué es lo que podría yo haber recibido de la comunicación de su sentimiento? Más aún: ¿qué noción podría haber llegado a hacerse él mismo de su propio estado?

Tal como en el curso de la sesión se va definiendo, es posible describir la “*serenidad*” de Pedro como correspondiendo a un agradable sentimiento de armonía con el mundo –que tampoco tiene nada de inmediato ni de natural, como no lo tiene el “*sentimiento oceánico*” (Freud, S., 1929), con el cual parecería tener alguna relación–, de comfortable reorganización de su mundo simbólico, en el cual las cosas vuelven a tomar el lugar que tienen que tener. ¿Cuál es ese lugar? ¿Es ese lugar obvio y compartible inmediatamente de manera identificatoria? ¿Valen mis propios afectos, evocaciones y asociaciones, que puedo registrar introspectivamente, como captación de lo verdadero para Pedro? Es cierto que, en esta sesión, puedo compartir e identificarme sin ninguna dificultad con lo que él señala acerca de Videla: también para mí el hecho de que Videla esté preso se asocia con “*serenidad*”, con el reconfortante sentimiento de que algo está en el lugar en que debe estar –aunque, como resulta lamentablemente evidente, eso no es algo compartido en forma necesaria y universal–; pero también es por otra parte cierto que, por razones que supongo se comprenderán, “*serenidad*” a mí no

me evoca clases de catecismo ni tomar la comunión. El acceso identificatorio a lo inconciente siempre queda, de tal forma, inevitablemente ubicado en el incierto borde entre lo contingente y lo arbitrario, al posicionar al analista en el lugar de garante de la “verdad” del paciente.

Por otra parte, ¿qué relación guarda, en este caso, la “*serenidad*” con lo inconciente? Experiencia indudablemente grata, de la cual Pedro tiene pleno derecho a disfrutar, sobre todo tras un largo período angustioso y tormentoso, parece también evidente en la sesión que su relación es de exclusión. Da cuenta de una reorganización de su universo simbólico, que recompone las relaciones imaginarias de su yo con el mundo: Pedro reencuentra también su propio lugar en el linaje familiar, en la transmisión cultural, en el respeto y la consideración de sí mismo. Sin embargo, la más clara emergencia de lo inconciente, que se produce promediando la sesión, un verdadero lapsus que introduce una abierta contradicción, no va en esa dirección: no apacigua, sino que inquieta. Disfrutando de su “*serenidad*” bien adquirida, no sorprende que Pedro pase rápidamente por encima de su incoherencia, que simplemente se rectifique, restañando la continuidad interrumpida de su discurso conciente, y continúe, sereno, dando forma a su serenidad. La “*serenidad*” se sostiene sobre el cierre del inconciente. Es que lo inconciente es siempre disruptivo, y por eso Freud lo busca en las rupturas de la coherencia del discurso conciente; sus irrupciones difícilmente serenecen, apacigüen; lo propio de ellas es, en cambio, que produzcan afectos de la serie de la angustia. Esa es la razón por la cual “*el afecto de angustia ocupa una posición única en la economía de la mente*” (Freud, S., 1926): es indicador de que el inconciente ha sido “*tocado*”, de que algo del deseo inconciente ha entrado en juego²¹. Por ese motivo, y a diferencia de los afectos en general

²¹ Esto vale tanto para el inconciente del paciente como para el del analista. En su artículo de 1950, Paula Heimann, pese a postular que el inconciente del analista “*comprende*” al de su paciente –algo que debería traducirse en afectos cercanos a la “*serenidad*”–, da un ejemplo opuesto: “*estaba entonces intrigada al encontrar que yo reaccionaba con un sentimiento de aprensión y preocupación al comentario del paciente. Sentía que había implicado en su situación algo más, algo más allá del acting out ordinario, pero que, sin embargo, se me escapaba*”. Lejos de “*comprender*”, lo que relata es una experiencia angustiosa de no comprensión, señal de que su inconciente ha sido “*tocado*”; poniendo en juego su deseo de analista, lo activa hacia la producción de un saber que dé cuenta de lo que emerge.

–incluida la serenidad–, que son engañosos, “*la verdadera sustancia de la angustia (es) ‘lo que no engaña’, lo fuera de duda*” (Lacan, J., 1962).

Considera Green que la formalización del inconciente en términos de lenguaje “*revela la fantasía de una transparencia absoluta del inconciente*” (1975), ya que “*ligar lo desconocido a lo conocido de la materia fónica es simplemente suprimir el inconciente*” (1978). Cabría preguntarse si tal objeción no le cabe, en medida mucho mayor, a la asignación de un estatuto inconciente a los afectos, para los cuales la inmediatez y la transparencia a la conciencia constituyen un rasgo esencial.

Si los afectos fuesen inconcientes, dejaría en gran medida de ser inconciente el propio inconciente.

LAS PALABRAS Y LOS AFECTOS

“Nada tiene lugar en un tratamiento psicoanalítico más que un intercambio de palabras entre el paciente y el analista... Las palabras eran originalmente mágicas, y hasta el día de hoy las palabras han retenido mucho de su antiguo poder mágico. Por medio de palabras puede una persona hacer dichosamente feliz o llevar a la desesperación a otra; por medio de palabras transmite el maestro su conocimiento a sus alumnos; por medio de palabras conduce el orador a su audiencia y determina sus juicios y decisiones. Las palabras provocan afectos y son, en general, los medios de influencia mutua entre los hombres. Así que no deberíamos despreciar el uso de las palabras en psicoterapia, y deberíamos estar complacidos si podemos atender a las palabras que pasan entre el analista y su paciente”.

Freud. *Conferencias introductorias al psicoanálisis, 1917a.*

Parece indudable que el psicoanálisis es, ante todo, una experiencia que transcurre en el campo de la palabra. Es igualmente indudable que “*todo analista... sabe que si el habla es su mejor*

aliado, el habla tiene sus límites” (Green, A., 1975). Los límites de la palabra, cuya amplitud trasciende la ya dilatada temática de este trabajo (Leivi, M.), atañen también a lo que nos ocupa: “*es difícil hablar de algo que, por su esencia, es sólo parcialmente comunicable, como los afectos*” (Green, A., 1990). De todos modos, cabría preguntarse: ¿hay algo que sea totalmente comunicable?; ¿hay algún objeto, alguna experiencia, que sea completamente decible?; ¿lo son, por ejemplo, los sueños en tanto experiencia subjetiva? De haberse detenido Freud en esta insuficiencia de la palabra para dar cuenta de lo real²², el psicoanálisis no existiría. En cambio, haciéndose cargo de estas limitaciones, estableció en ellas su punto de partida: un sueño, para el psicoanálisis, no es la experiencia vivida por el sujeto durmiente, en sí misma imposible de ser comunicada plenamente, sino el relato –incompleto, deformado, incierto, problemático– que el sujeto hace de esa experiencia en la sesión. El sueño es así, para el psicoanálisis, desde su origen, una experiencia de palabra.

Dado que esta limitación de la palabra es un dato inicial, estructural –“*las palabras tendrían que comunicar una experiencia que por definición es imposible traducir en palabras*” (íbid.), algo válido para *cualquier* experiencia, no sólo para los afectos–, el verdadero obstáculo no reside en esa limitación, sino en la aspiración a una imposible comunicabilidad total, sin pérdidas, sin mediaciones, sin incertidumbres. Tal aspiración sostiene la orientación hacia los afectos: su inmediatez y su transparencia para la conciencia parecerían satisfacer la expectativa de una comunicabilidad completa, al ser “*genéticamente pre-verbales. El lenguaje de los afectos es más viejo que el habla*” (Brierley, M.), permitiendo sortear esas limitaciones de la palabra.

Distintos autores se han abocado a desentrañar ese lenguaje afectivo y su organización: afectos primarios y secundarios, simples y complejos, o bien “*mezclados*”, constituyendo un “*racimo emocional*” (Glover, E.); afectos filogenéticamente más tempranos o más tardíos, más profundos o más manifiestos, estratificados como capas geológicas (Jones, E.); “*cadena*” de afectos, que no responden a la cadena del lenguaje ‘lineal’ (Green, A., 1990). Se trataría, en síntesis, de establecer una

²² “*El lenguaje no alcanza a dar su lugar a lo real; esto constituye incluso a lo real como tal*” (Miller, J.-A.).

lógica de las emociones “*más antigua que el pensamiento lógico*”, tal como se lo propuso Alexander desde el propio título de su trabajo de 1935.

Para Alexander existen conexiones emocionales que son “*auto-evidentes*” (“*el sentimiento de la validez auto-evidente de estas conexiones emocionales deriva de nuestra experiencia introspectiva cotidiana, en tanto atestiguamos estas secuencias emocionales en nosotros mismos*”), y constituyen “*silogismos emocionales*” que aparecen de manera más franca y forzada en lo inconciente. Un ejemplo de silogismo emocional es para Alexander el “*principio del Talión*”, perdiendo de vista que tal principio, por salvaje y primitivo que pueda parecer, no deja de ser una ley simbólica con una formulación lingüística explícita y precisa. Otro ejemplo remite a Freud: la organización de las distintas modalidades de delirios persecutorios de acuerdo con las distintas formas de negar la frase –que da cuenta de una posición subjetiva homosexual– “*yo lo amo*” (Freud, S., 1911). En este caso, como lo señala Lacan (1953), la lógica de las emociones consiste lisa y llanamente en una verdadera gramática: “*es pues en una estructura simbólica superior, ya que implica variaciones gramaticales muy elaboradas, donde captamos las transformaciones*”.

La dificultad con la que se enfrentan tales intentos de formalización de una lógica y un lenguaje propios de los afectos es la de proponerse aislar en primer término los afectos como entidades objetivamente deslindables y generalizables, articuladas entre sí según leyes de un orden propio, entidades que *después* recibirán un nombre que las exprese. Primero el afecto, luego su nombre; ése parece ser el orden. Porque cabe no olvidar que, al fin y al cabo, y cualquiera sea la concepción de los afectos que se tenga, en el psicoanálisis siempre de lo que se trata es de nombrarlos. Las semiologías afectivas psicoanalíticas, en rigor, parecen desarrollos que tienen como objetivo último nombrar mejor a los afectos. “*Es claro que el psicoanálisis toma al afecto por el dicho. Lo invita a pasar al decir. Esa no es la tendencia natural del afecto, que más bien se inclina, en otros discursos, a pasar a la mostración –expresión, se dice– o a pasar al acto*” (Soler, C.).

Charles Brenner ha destacado muy certeramente dónde reside el problema en estos enfoques: “*una asunción es que los afectos son fenómenos mentales constantes e identificables, que son los*

mismos de persona a persona... En otras palabras: se asume que, básicamente, cada uno va a estar de acuerdo, que cada uno 'sabe' qué es cada uno de esos afectos, y se espera que cada uno diferencie del mismo modo los afectos entre sí". Él considera equivocadas estas premisas; entiende, por el contrario, que "no es posible diferenciar los afectos entre sí tan precisa y definitivamente como el psicoanálisis ha tendido a hacerlo, ni a asumir que son uniformes de una persona a otra"²³. Esto pone en cuestión no sólo toda lógica y toda clasificación autónoma y general de los afectos, sino la propia vía empático-introspectivo-identificatoria de tratar con ellos.

Siguiendo a Brenner, parecería en rigor que el enfoque debería ser el inverso: *"se asume que cada uno de los muchos afectos listados en cualquier diccionario puede ser descriptivamente diferenciado de los otros y estudiado en tanto es observado en cada individuo"*. Pues toda descripción, toda clasificación, toda formulación del funcionamiento de los afectos supone, en primer lugar, su deslinde y su identificación, y esta operación es impensable sin una previa nominación. ¿Cómo si no podrían ser listados en un diccionario, para poder ser identificados?

Tal como ocurría con los sueños, la entrada de los afectos en la experiencia analítica implica, desde el principio, su entrada en la vía de la palabra. Aun si no pueden ser nombrados, aun si están capturados en la inmediatez de la vivencia o en la escena del acting out, de lo que se trata es de decirlos. No cuentan los afectos en tanto propios del registro animal, somático, sino en tanto propios del registro subjetivo, del ser en tanto hablante, de ese ser para el cual la inmediatez de lo real, de lo natural, está irremediablemente perdida. Tal como lo están los afectos en tanto emergentes de su inmediatez natural.

Al ser nombrados –primera operación identificadora– los afectos quedan ya capturados en la dialéctica de la palabra. Toda lógica de los afectos es, así, la lógica de la trama discursiva de la que son efectos subjetivos y en la que están incluidos. Para ocuparnos por última vez de la sesión de Pedro: él califica su estado como *"serenidad"*; y, si seguimos las leyes del análisis,

²³ *"El inconciente, para cada uno, estructura un modo específico de 'cohabitar con el lenguaje'; para cada uno hay entonces un estilo de afección que traduce su captación en la estructura"* (Soler, C.).

hay que creerle: de eso se trata, ése es el punto de partida, no es cuestión de buscarle un nombre mejor que ése. Como ante un sueño, “*serenidad*” es el fragmento del texto sagrado del cual derivará el resto. ¿Y por qué serenidad? Pues en la continuación del texto es posible encontrar alguna respuesta. “*Estar sereno*” es preferido a “*estar tranquilo*” porque, tal como lo muestra la asociación siguiente, “*estar sereno*” incluye también “*estar (toda la noche despierto como un) sereno*”; o sea, un sentido que remite al recuerdo de las pasadas angustias, el cual contribuye, por contraste, a delimitar el campo de sentido actual de “*serenidad*”. Nombrada, es posible aproximarse a lo que la serenidad es para Pedro, ante todo por diferencia con aquello que no es: no es tranquilidad, no es angustia, etc.; los contenidos de “*serenidad*” vendrán después. Y esto es así, además, porque Pedro es un hispanoparlante, y el significante “*sereno*”, en español, además de significar –en el diccionario, valga la precisión– “*no perturbado por alguna pasión o una alteración de ánimo tal como el miedo*”, también significa “*hombre que vigila por la calle durante la noche desde la hora en que se cierran los portales*” (Moliner, M.). No creo que esta constelación semántica se mantenga en otros idiomas; en ellos el juego significante seguramente será otro, y la configuración de afectos también será entonces distinta.

No parece entonces que la vía afectiva permita salvar el hiato inevitable que al ser humano, en tanto el análisis se ocupa de él, o sea, en tanto afectado por su condición de ser parlante, lo separa de la inmediatez de lo real, de su propia inmediatez. A ese paraíso perdido tampoco los afectos brindan un acceso inmediato y pleno.

EL PARAISO PERDIDO

Para terminar, una anécdota. Según cuentan cronistas, después del sexto día, cuando Dios creó al hombre y la mujer y les concedió el señorío sobre toda la Tierra y las especies que la poblaban, Adán y Eva salieron a recorrer el Paraíso, tomando posesión de sus dominios y poniendo nombre a todos los seres vivos que encontraban: “*esto se llama vaca*”; “*esto se llama roble*”; “*esto se llama ornitorrinco*”; “*esto se llama perejil*”; “*esto se llama Escherichia coli*”, y así sucesivamente. En eso

llegaron ante una planta de la cual colgaban unos pequeños objetos de color rojo. Se detuvieron y se miraron en silencio, perplejos: no sabían cómo llamarla, se les habían terminado los nombres. Entonces a Eva se le ocurrió una idea: “¿Y gusto a qué tiene?”. Adán arrancó uno de los pequeños objetos colgantes y lo probó. “Tiene gusto a frambuesa”, dijo. “Entonces pongámosle frambuesa”, concluyó Eva. Entonces Dios los expulsó del Paraíso.

Esta es la historia de la frambuesa.

Ahora bien: la frambuesa, ¿se llama frambuesa porque tiene gusto a frambuesa, o tiene gusto a frambuesa porque se llama frambuesa?

RESUMEN

Este trabajo se propone abordar el tema de los afectos en el análisis desde una perspectiva central para la conceptualización psicoanalítica: la relación de los afectos con lo inconciente. Freud definió esa relación como de exclusión; para él no hay afectos inconcientes. Lo propio de los afectos es ser objetos inmediatos de la conciencia.

Los afectos han ido cobrando una importancia creciente en el abordaje clínico de muchas orientaciones psicoanalíticas. Por ese motivo, la definición freudiana que excluye a los afectos de lo inconciente ha planteado importantes interrogantes teóricos. Distintos autores, preocupados por la discrepancia entre la creciente importancia clínica y el persistente vacío teórico alrededor de los afectos, han encarado a lo largo de los años esta cuestión. En términos generales, estos autores han dirigido sus esfuerzos a fundamentar el estatuto inconciente de los afectos, sea a través de diferentes lecturas de los desarrollos freudianos, sea a través de desarrollos propios, discrepantes con los de Freud.

El trabajo explora parte de la bibliografía psicoanalítica sobre el tema, así como distintas vertientes del problema en sus aspectos clínicos, técnicos y –fundamentalmente– teóricos. Las distintas posturas acerca de los afectos, de su posible inconciencia, tienen importantes consecuencias no sólo en lo que respecta a la teoría de los afectos, sino al propio concepto de inconciente en juego. Por eso, un propósito central del trabajo es el de destacar la coherencia que las

postulaciones freudianas acerca de los afectos guardan con el conjunto de la teoría y con el concepto de inconsciente desarrollado por Freud.

Se incluye la síntesis de una sesión analítica en la cual la temática afectiva tiene lugar destacado, material sobre el cual se hacen algunas consideraciones sobre el tema.

SUMMARY

This paper tries to undertake the issue of affects in psychoanalysis from a central psychoanalytical point of view: the relationship between affects and the unconscious. Freud has defined this relationship as one of exclusion, for him there are not unconscious affects.

Due to the increasing clinical significance of affects in many psychoanalytical schools the definition stated by Freud has posed many interesting theoretical questions that different authors have tried to investigate considering the discrepancy between the growing clinical significance and the lack of theoretic support regarding affects. In general, these authors had tried to address their investigations to lay ground for the unconscious state of affects, either by means of doing a different reading of Freud's work or by personal developments, in disagreement with Freud's theory.

The paper tracks the psychoanalytical literature on the theme and explores the different approaches in the clinical, technical and specially theoretical aspects. The different stances about affects have important consequences, not only considering the theory of affects but to the very concept of unconscious at use. For this reason, a main objective of this paper is to highlight the coherence existing in Freud's theory between affects and the whole and with his concept of unconscious.

The author includes a synthesis of a psychoanalytical session where affects have a significant role and makes some considerations about the theme.

RESUME

Ce travail se propose d'envisager le thème des affects dans l'analyse à partir d'un point de vue central pour la conceptualization psychanalytique: le rapport des affects à l'inconscient, défini par Freud comme un rapport d'exclusion. Le propre des affects est d'être des objets immédiats de la conscience.

Les affects ont acquis une importance progressive dans la perspective

de bien d'orientations psychanalytiques. Pour cela, la définition freudienne qui exclue les affects de l'inconscient a posé des interrogations cliniques importantes. Différents auteurs, préoccupés par les divergences entre la chaque fois plus grande importance clinique des affects et le persistant vide théorique autour d'eux, ont envisagé cette question au long des années. En termes généraux, ces auteurs ont adressé leurs efforts à la fondation du statut inconscient des affects, soit à travers les différentes lectures des développements freudiens, soit à travers des développements propres en désaccord avec ceux de Freud.

Le travail examine une partie de la bibliographie psychanalytique portant sur ce thème, de même que plusieurs versants du problème dans ses aspects cliniques, techniques et, principalement, théoriques. Les différentes positions par rapport au thème des affects, de leur possible inconscience, ont des conséquences importantes non seulement vis-à-vis de la théorie des affects mais aussi du concept même d'inconscient qui est en jeu ici. Pour cela, un but central de ce travail est de souligner la cohérence que les postulats freudiens sur les affects gardent avec l'ensemble de la théorie et avec le concept d'inconscient développé par Freud.

On y inclue une synthèse d'une séance analytique dans laquelle la thématique affective occupe une place de choix, matériel sur lequel on fait quelques considérations sur ce thème.

BIBLIOGRAFIA

- ALEXANDER, F. The logic of emotions and its dynamic background. *I.J.P.A.* Vol. XVI N° 4, 1935.
- BATAILLE, L. Amor, odio e ignorancia. Conferencia del 17/VII/80, Caracas.
- BRENNER, CH. On the nature and development of affects: a unified theory. *Psychoanal. Quarterly* N° 43, 1974.
- BRIERLEY, M. Affects in theory and practice. *I.J.P.A.* Vol. XVIII, 1937.
- CAHN, R. Affect et représentation. *Journal de Psychanalyse de l'enfant* N° 15, Métaphore et représentation. Paris, 1994.
- FERRATER MORA, J. *Diccionario de filosofía*. Ed. Sudamericana, Bs. As., 1965.
- FREUD, S. (1888) Algunas consideraciones para un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas. *S.E. T. I.*

- (1895) Proyecto de una psicología científica. *S.E.* T. I.
 - (1897) Los orígenes del psicoanálisis. *S.E.* T. I.
 - (1900) La interpretación de los sueños. *S.E.* T. V.
 - (1905) El chiste y su relación con lo inconciente. *S.E.* T. VIII.
 - (1910) Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. *S.E.* T. XI.
 - (1911) Notas psicoanalíticas sobre el relato autobiográfico de un caso de paranoia. *S.E.* T. XII.
 - (1912) Recomendaciones a los médicos que practican psicoanálisis. *S.E.* T. XII.
 - (1913) Los títulos del psicoanálisis para el interés científico – El interés filológico del psicoanálisis. *S.E.* T. XIII.
 - (1915a) La represión. *S.E.* T. XIV.
 - (1915b) Lo inconciente. *S.E.* T. XIV.
 - (1917a) Conferencias introductorias al psicoanálisis. Conferencia I. *S.E.* T. XV.
 - (1917b) Id. Conferencia XXV. *S.E.* T. XVI.
 - (1920) Más allá del principio del placer. *S.E.* T. XVIII.
 - (1921a) Psicología de las masas y análisis del yo. *S.E.* T. XVIII.
 - (1921b) Psicoanálisis y telepatía. *S.E.* T. XVIII.
 - (1922) Sueños y telepatía. *S.E.* T. XVIII.
 - (1923) El yo y el ello. *S.E.* T. XIX.
 - (1925a) La significación oculta de los sueños. *S.E.* T. XIX.
 - (1925b) El problema económico del masoquismo. *S.E.* T. XIX.
 - (1926) Inhibición, síntoma y angustia. *S.E.* T. XX.
 - (1929) El malestar en la cultura. *S.E.* T. XXI.
 - (1932) Nuevas conferencias introductorias al psicoanálisis. Conferencia XXX. *S.E.* T. XXII.
- GLOVER, E. The psycho-analysis of affects. *I.J.P.A.* Vol. XX, 1939.
- GREEN, A. (1975) *La concepción psicoanalítica del afecto*. Ed. Siglo XXI, México, 1975.
- (1978) Entrevista concedida por el Dr. André Green a la Revista Argentina de Psicología el 3 de noviembre de 1977. *Revista Argentina de Psicología*. Año 8 N° 23, 1978.
 - (1990) *De locuras privadas*. Ed. Amorrortu, Bs. As., 1990.
- HEIMANN, P. On counter-transference. *I.J.P.A.* Vol. XXXI, 1950.
- JONES, E. Fear, guilt and hate. *I.J.P.A.* Vol. X N° 4, 1929.
- LACAN, J. (1953) *Seminario I: Los escritos técnicos de Freud*. Ed. Paidós, Barcelona, 1984.
- (1959) *Seminario VII: La ética del psicoanálisis*. Ed. Paidós, Bs.As., 1988.

EL INCONCIENTE Y LOS AFECTOS

- (1962) *Seminario X: La angustia*. Inédito.
- (1973) Televisión. En: *Psicoanálisis. Radiofonía & Televisión*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1977.
- LAPLANCHE, J. & PONTALIS, J.-B. *Vocabulaire de la psychanalyse*. P.U.F., Paris, 1968.
- LEIVI, B. M. La palabra, el silencio y la contratransferencia. En: *Psicoanálisis A.P.de B.A.* Vol. XVII N° 2, 1995
- LITTLE, M. Counter-transference and the patient's response to it. *I.J.P.A.* Vol. XXXII, 1951.
- MILLER, J.-A. A propósito de los afectos. En: *Matemas II*. Ed. Manantial, Bs. As., 1990.
- MOLINER, M. *Diccionario de uso del español*. Ed. Gredos, Madrid, 1992.
- PULVER, S. Can affects be unconscious? *I.J.P.A.* Vol. LII, 1971.
- RAPAPORT, D. On the psycho-analytic theory of affects. *I.J.P.A.* Vol. XXXIV N° 3, 1953.
- SCHUR, M. Affects and cognition. *I.J.P.A.* Vol. L, 1969.
- SOLER, C. Afecto y saber. En: *Finales de análisis*. Ed. Manantial, Bs. As., 1993.
- WINNICOTT, D. W. Primitive emotional development. *I.J.P.A.* Vol. XXVI, 1945.

Descriptores: Afecto. Inconciente. Teoría psicoanalítica.

B. Miguel Leivi
Laprida 1727, PB
1425 Buenos Aires
Argentina